



ILUSTRACIÓN DE ELSA CARAFÍ

PÁLIDA

Te dí mi mano, Pálida, y tus dedos
estrecharon los míos; y eran
tus dedos, largos, Pálida; y con frescor de nieve.
Dedos de agua y de alga, que quedaron
enredados entre los míos, tibios.

Te dí mi boca, Pálida, y tus labios
callados, se posaron en los míos; y era tu caricia,
tan tenue, que la fría dulzura de agua y raso
descendió por mis venas como un río
de líquida frescura.

Se estremeció mi rostro, Pálida, al contacto
de tu caricia helada; y eras como un témpano
dulce y suave, que erizara mi piel, y la dejara
fragante de frescura perfumada.

Y ahora estás en mi pecho. Pálida,
junto a mi corazón; y su latido cálido
te va fundiendo poco a poco; hasta el momento
de quedar en mi sangre, apenas como
un vaho de rocío, o una niebla de nieve.

O que seamos las dos un solo témpano
de hielo, endurecido y rígido
bajo la sombra de un sol que no calienta,
en el espacio negro, en el inmenso
agujero de sombra de la noche,
perdidas en el duro abrazo
de nuestra desnuda realidad, Pálida, solas tú y

L U I S A L U I S
